

El pánico que se introdujo en la gente de pluma y de espada envainada, no cesó hasta que vieron disiparse la última nube de polvo, que levantaba el ejército fronterizo.

CAPITULO XIV

ARRECIA EL HURACAN

I

Los tres amigos se dirigieron al campamento del general Blanco, que estaba accidentalmente en Tacubaya, antes del ataque a la ciudad.

Entregó Juan los pliegos, y los muchachos quedaron agregados al Estado Mayor.

«Hambre-viva» se fué a la reserva; dijo que importaba mucho cuidar los equipajes.

Ya hemos dicho que nadie esperaba la presencia de los fronterizos.

En las fuerzas venían Carlos, el alemán, y Pedro, el terno.

No se habían encontrado aún con Manuel y «Juan Gallinazo».

El general lo mandó de espía con una pequeña escolta que lo seguía a lo lejos.

En el pueblo de la Piedad se celebraba un matrimonio.

Las torres estaban con sus cortinas rojas; la puerta del pequeño templo, llena de flores, y se veía allá en el fondo multitud de velas y unos grandes blandones sobre las gradas del altar mayor.

Había una valla de gente esperando la llegada de los novios.

Detuviéronse dos carruajes frente al atrio; en uno venían los novios y en otro los padrinos.

La novia estaba cubierta con un velo blanco y elegantemente puesta.

El novio era un beato, todo rasurado, con boca de puerco espín, nariz remangada y ojos pequeños.

Traía un frac que pertenecía sin duda a una talla más pequeña, porque le oprimía la espalda y se le arremangaba.

Los pantalones se le campeaban como si hubiera enflaquecido y el chaleco le bajaba en dos picos, donde se veía una cadena muy gruesa, de oro.

Llevaba guantes blancos de cabritilla, muy arrugados, y un sombrero puntiagudo de seda.

Todos encomiaban la belleza de la novia y se refan de la fealdad del novio.

Pedro se detuvo bajo un árbol, y vió el desfile.

—¡Cuerno de Satanás! ¡Mi novia!—gritó el fronterizo, y dando un silbido, hizo avanzar la escolta.

Ya los novios estaban en el altar, camino a la sacristía, donde iba a efectuarse la ceremonia.

II

Levantando una nube de polvo llegaron a escape los fronterizos, dando gritos y disparando sus pistolas al aire, para introducir la confusión y el desorden.

La gente corría en todas direcciones.

—¡Adentro, muchachos!—gritó Pedro, y como quien toma una fortaleza, entraron corriendo en el templo, llegando los caballos hasta el presbiterio.

El novio se acurrucó bajo el altar.

La novia se reclinó asustada en el altar, y los padrinos huyeron.

El cura, con la capa pluvial entre las piernas, dió con su personalidad sobre las losas, y a gatas ganó la sacristía.

—Yo soy; vente conmigo; he llegado a tiempo.

—¡Pedro!—gritó la novia.

La joven no se hizo esperar; tomó la mano de Pedro, y saltó sobre el caballo.

La corona y el velo se hicieron pedazos.

Ya Pedro seguro de su presa, salió corriendo entre el tumulto, que al enterarse del lance, aplaudía y gritaba estrepitosamente.

El cura, sentado en un sillón de vaqueta, pálido y desconcertado, sostenía en su mano trémula un vaso de agua que le había ofrecido un monigote.

La madrina tenía ataque de nervios.

El padrino veía como con ojo de vidrio para la iglesia, que ya estaba desierta.

—¡Dios mío, las blusas!

—Pero, ¿de dónde diablo han salido?

—¡Del infierno!—gritó iracundo el cura.

—Se va a morir de miedo el señor Zuloaga; como que es tan poquito el señor general.

—Nadie los esperaba; ésta es una traición.

—Si nos hallan—dijo el padrino—, nos desuellan vivos.

—Son muy capaces—murmuró el cura.

—Pero mi ahijado, ¿dónde está? ¡Patricito! ¡Patricito!

Fué saliendo el novio, muy empolvado, con la corbata chueca, la copa del sombrero hundida, y más pálido que un difunto.

—¿Qué pasa, amigo mío?—preguntó el cura con mucha sorna.

—Nada; lo que había de pasar después: que se la llevarón, que se acabó.

—¿Pero usted no piensa en recobrarla?

- No, porque no estará recobráble.
 — Tiene usted mucha sangre, Patricito.
 — No, señor cura; a estas horas ¡paf!
 — ¿Y qué quiere decir ¡paf!
 — Que ya me sustituyeron.
 — Aguarde usted a los policías, y quéjese.
 — Sólo que me queje con mi suerte y con mi madre. ¡Dios me libre de ir a ver a esos heliogábalos!
 — ¿Y la deja usted perdida?
 — ¡A ella le toca protestar, defenderse, pedir auxilio!... Póngase usted en lugar de ella.
 — No—dijo el cura—; tanto como eso, no.
 — Pues póngase usted en el mío.
 — Pero si usted no está en ninguno. ¡Vamos!, que se echó a perder el matrimonio.
 — Y también mi novia; afortunadamente, aun no era su marido.
 — Pero tiene usted que pagarme los derechos y los daños y perjuicios por el susto.
 — ¿Y quién me paga el mío?
 — Los fronterizos.
 — Pues vaya usted a cobrarles—dijo Patricito.
 — Marchémonos a México, y pronto—dijo el padrino—, porque la cosa se pone color de hormiga.
 Levantóse el cura y sacudiendo a la madrina, le dijo:
 — Ya se prolonga demasiado ese ataque, señora; o se levanta o la dejamos.
 — No, no—dijo la señora, levantándose—; vámonos. Lo que siento es que he tenido en exhibición por media hora una pantorrilla.
 — Y a eso le llama pantorrilla—dijo por lo bajo Patricito, que no había quitado la vista a los porabajos de la señora.
 El cura, los padrinos, los sacristanes, los monigotes y Patricito con el sombrero abollado, emprendieron rápidamente la marcha hacia la ciudad, donde ya se escuchaban las detonaciones de la artillería.

III

- Llegó Pedro al cuartel general, saliéndole al encuentro sus amigos.
 Bajó a su novia del caballo y apeándose se arrojó en brazos de Manuel y de «Juan Gallinazo».
 — ¡Mi salvador!—gritó Manuel viendo a Pedro, a quien casi sofocó entre sus brazos.
 — ¿Pero esta señorita?—dijo Juan.
 — Los bribones clérigos la iban a casar con un santurrón, y llegué de improviso, sin haberlo pensado, y la saqué de sus garras.
 La muchacha se echó a reír.

- Pues llevémosla a una casa de Tacubaya, porque ya empezó el fuego.
 — Al momento—dijo Manuel. Y tomándola del brazo la llevó a la casa de su amigo Rafael Hernández, muchacho incapaz de enamorarla, aunque en materia de mujeres se dan casos.
 Quedó instalada la novia, y los cuatro amigos se dirigieron a todo escape al cuartel general.
 Como hasta el día siguiente no fué el asalto de la plaza, los amigos se entraron a un aposento, donde los asistentes les sirvieron la cena.
 — ¿Qué te ha pasado, Manuel?
 — La hemos corrido como el demonio: nos batimos en Ahualulco y nos derrotaron; entonces nos incorporamos con la fuerza del general Blanco, y ya estamos aquí.
 — ¡Bravísimo!—gritó «Juan Gallinazo».
 — Figúrense que mi novia me escribió de este casamiento; no tenía esperanza más que de vengarme, cuando la casualidad me la deparó y pude evitar un desaguisado.
 — Me escribiste que me tenías un gran regalo.
 — ¡Y muy grande!
 — ¡Será un brillante!—exclamó Pedro.
 — ¡Más grande todavía!
 — Pues será la cola del gran turco.
 — Vas a ver, pero antes llenemos las copas, porque la cosa merece un brindis.
 Llenaron las copas.
 Pedro fué sacando su cartera y presentó en un papel enrollado con mucho cuidado la oreja del coronel Altúnez.
 «Juan Gallinazo» desenvolvió el papel y vió una carne seca y amojamada.
 — ¡Cuerpo de Satanás! ¿Qué cosa es esto?
 — Lee el papel, hombre.
 Juan leyó: «Soy una oreja que pertenezco al coronel Altúnez».
 Todos soltaron la carcajada.
 — ¡A la salud del coronel y de su oreja!—gritó «Juan Gallinazo».
 — Yo soy testigo presencial—dijo el alemán—; compruebo la prenda.
 — Ya estás vengado de la que te jugó con Etelevina.
 — Le queda la otra y el corazón—dijo Juan—, para pagarme la muerte de Mario.
 — Ya lo encontraremos; las señas son mortales.
 Pedro contó todo el lance y los cuatro festejaron tan fausto acontecimiento.
 — Ahora, juntos, inseparables hasta la muerte—dijo Manuel.
 — ¿Y por qué hasta la muerte, si hemos de llegar vivos a la victoria?
 — ¿Quién sabe?—dijo Manuel.

— ¡Bebamos—dijo Juan—, porque lleguemos a México sanos y salvos!

Al chocar Manuel con el vaso de Carlos, estrelló accidentalmente el cristal.

El estudiante se puso pálido como la muerte.

— ¿Qué te pasa, Manuel?—dijo «Juan Gallinazo».

— Nada, que soy fanático y mis supersticiones son arraigadas; he quebrado el vaso y éste es un mal de muerte.

— ¡Al diablo con tus pronósticos!—gritó Pedro— ¡Esas son tonterías!

— No—dijo Manuel—; son verdades, y tengo la experiencia.

— ¡Esas son quimeras!—gritó Juan.

Carlos era espiritista (los alemanes son dados a las leyendas romancescas), y también se quedó pensando.

— Les tengo miedo a estos pronósticos.

— Casualidades—dijo Juan—; no hablemos más.

— Viajaba yo por la India—dijo el alemán—, y conocí a un domador de fieras, que iba en marcha para París, donde ya estaba anunciado en grandes cartelones.

Llevaba Cley, que así se llamaba, un león de la Jetulia, y una pantera de Java.

Aquel hombre tenía una preocupación.

En una sesión espiritista se le había anunciado que moriría devorado por un león, en un día de eclipse lunar.

Cargaba con su calendario y marcaba esos días, escribiendo en sus contratas, que en día de eclipse no trabajaría.

Llegamos a París, y lo vi exhibirse con sus fieras, causando un grande alboroto.

Las ganancias eran pingües.

Ya anunciada una función en la que concurriría la Embajada japonesa, el empresario vió que se marcaba para ese día un eclipse de luna.

Sintió heridos sus intereses y se propuso un plan que llevó a efecto.

Cuando Cley dormía, le sacó de la bolsa el calendario y lo sustituyó con otro, poniéndole la carátula del año presente.

Cley se despertó como siempre, hojeó su calendario, y, no viendo novedad, se preparó para la noche.

Aunque el domador no trabajaba hasta las diez, el empresario lo citó para las ocho y media, alegando cualquier pretexto.

Cley estuvo puntual.

A las nueve comenzaba el eclipse.

El teatro estaba lleno; una inmensa concurrencia llenaba el salón y en los palcos se veía lo más selecto de París.

En un intercolumnio estaban los japoneses, llamando la atención por su gran lujo.

Llegó la hora.

Rodaron una inmensa jaula de hierro dorado, y el público dió un estruendoso aplauso.

Apareció el rey del desierto, con una profunda melena negra, y en el fondo brillaban sus ojos como carbunclos.

Agitaba la cola, y su inmensa borla azotaba sus ijares.

La pantera estaba tirada en la jaula y asomaba una garras terrible por el espacio de los hierros.

La pantera veía enojada a aquella concurrencia.

— ¡Qué hermoso león!—dijo el ministro japonés— No había visto otro semejante.

— Es magnífico—contestó el secretario de la Legación.

El león se paseaba majestuosamente.

— Me parece—continuó el japonés— que esa fiera no está bien para esta noche; parece calenturienta.

— Será por la luz—dijo el secretario.

— No; ese león está furioso; yo lo conozco bien.

— Ha de conocer perfectamente al domador.

— Pero no hay que confiar; siempre es peligroso.

— Ya veremos.

— Mucho me temo una catástrofe.

Se oyó el golpe de la música y la pantera se levantó, paseó una mirada en derredor, bostezó y se puso en un rincón de la jaula.

— Malo—dijo el japonés—. Hay que desconfiar también de la pantera; si se tira sobre los hierros de la jaula, los puede hacer pedazos.

— Es muy fuerte.

Presentóse el domador con la faz risueña, los brazos desnudos, y con cinturón de cuero sujeto a la cintura.

Llevaba, remedando un fute, una varilla de hierro enrojecido.

El público recibió con un grande aplauso al domador.

El eclipse había comenzado; la sombra de la tierra tocaba la penumbra de la luna.

Abrió el domador la jaula, por un mecanismo que no dejaba paso a las fieras.

— ¡Aquí!—gritó; y el león y la pantera se pusieron a sus lados.

El domador tendió los brazos sobre el cuello de las fieras.

— ¡A mis pies!—tornó a gritar, viéndolas con altanería.

La pantera se tendió en el suelo.

El león no obedeció.

— ¡A mis pies!—tornóles a gritar, e hirió con la varilla al león, que rugió sordamente.

El león dobló las patas; pero las miradas arrojaban fuego:

Así estuvo el domador haciendo varios juegos.

La pantera le puso las garras en los hombros y Cley le abrió la boca y metió su mano.

El público estaba nervioso.